

Narración en el ensayo y ensayismo en la novela: los dos ojos de Alcides Arguedas

Narration in the essay and essayism in the novel: the two eyes of Alcides Arguedas

Susana Santos¹

Resumen

A más de cien años de su primera publicación en 1919, *Raza de bronce* se halla instalada en el lugar canónico al que un siglo atrás el escritor paceño Alcides Arguedas había aspirado para su novela. Hay publicada sobre ella una bibliografía crítica extensa, en su mayoría desde el escorzo de la narrativa indigenista. Al buscar un término de comparación para ponderar esta novela parece ofrecerse como el más obvio o más recurrido el ensayo del mismo autor, *Pueblo enfermo*, publicado en 1909. La común temática del indio envuelve como una elipse a estos libros, cuyos dos focos o énfasis respectivos vienen determinados por el someterse, pero no dejarse vencer, por las respectivas reglas genéricas de la ficción y de la argumentación.

Palabras clave: Alcides Arguedas, *Raza de bronce*, ensayo.

Abstract

A hundred years after its first publication in 1919, we find Raza de Bronce installed in the canonical site where the La Paz writer Alcides Arguedas had devised for his novel a century ago. An extensive critical bibliography has been published on it, mostly from the vantage point of the indigenista narrative fiction. When looking for this novel's most adept compa-

1 Susana Santos es crítica e investigadora en cultura y literatura latinoamericanas; en los últimos años ha incursionado en temas bolivianos y los ha llevado a la cátedra. Es profesora en la Universidad de Buenos Aires; lo fue también en la Universidad Nacional San Martín. Ha publicado numerosos libros y ensayos en diversas colecciones y revistas argentinas e internacionales.

rión term, criticism has been consistent in choosing Pueblo enfermo, an essay by the same author published in 1909, as the indeed most obvious or most recurring literary item. The common subject of the Native Indian population of Bolivia, determining the nation, is like an ellipse, whose focuses are both books, each one with a singular emphasis because of submitting to, but not of being defeated by, the respective generic rules of narrative and argument.

Keywords: Alcides Arguedas, Raza de bronce, essay.

Fecha de recepción: 3 de agosto 2020

Fecha de aceptación: 1 de septiembre 2020

1. *Prodesse et delectare*

Este es el libro que más me ha preocupado y más me ha hecho trabajar, pues desde ese año de 1904 en que se publicó el bosquejo (*Wata Wara*) hasta que volvió a aparecer en 1919 bajo otro título (*Raza de Bronce*) no he dejado de pensar en él con una angustia dolorosa que se hizo obsesión en mí. Alcides Arguedas, *Historia de mis libros o fracaso de un escritor* (1922: 32)

Cien años después de su primera publicación en 1919, *Raza de bronce* se halla instalada en un lugar canónico, a la altura del que el escritor paceño Alcides Arguedas había aspirado para su novela más de un siglo atrás. La consagración no fue inmediata, como el mismo autor testimonia en la “Advertencia” por él escrita para la tercera edición de la novela en la Editorial Losada de la ciudad de Buenos Aires, en el año 1945. Se trata de un balance retrospectivo y prospectivo del libro que a la vez entiende y abarca un escenario más amplio de la crítica y de otros escritores.

“La primera edición de este libro apareció en mi tierra hace veinticinco años, en 1919 y en momentos en que una misión diplomática me alejaba de ella sin darme lugar a corregir las pruebas”. Sin que mediara dilación alguna, Arguedas anotará la indignada pena proferida por un afamado crítico —pena que, hay que decirlo, expresa a la vez un no tan velado autoelogio: “Lástima que obra de tan consciente labor no haya tenido la corrección que merecía y duele que obra tan notable haya sido impresa con tantos descuidos” escribió don Carlos Antonio Zubillaga” (Arguedas, 1922: 3).

Casi un lustro tarda *Raza de Bronce* en conocer su segunda edición, de 1923. En esta ocasión, un periódico semanal de París hecho por y para sud-americanos se ocupó de su traducción al francés, “acaso porque en el libro se describe la vida de una raza autóctona emparentada con la que predomina en su gran país”.

En la misma “Advertencia” de 1945, el curioso lector puede anoticiarse, si los ignorara, de los cambios literarios ocurridos en los años comprendidos entre la primera y la tercera publicación de *Raza de bronce*. La producción novelística continental cuenta ya con obras que consolidan la tradición criollista e indigenista andina. Un arco que se extiende, según las apreciaciones del propio Arguedas, desde *La vorágine* (1924) del colombiano José Eustasio Rivera, hasta *El mundo es ancho y ajeno* (1941) del peruano Ciro Alegría.

En la Advertencia, Arguedas dice:

Varios libros con la misma temática se han publicado con cierto estruendo y fortuna. No así *Raza de bronce* que no ha encontrado el lugar en la crítica ni en los lectores especializados.

Muchos estudios también han aparecido en América, serios, meditados y hechos por profesores de literatura en conocidas y renombradas universidades de Europa y Estados Unidos y en ninguno he leído nada sobre esta *Raza de Bronce*, que no por méritos literarios, ciertamente, sino por su ubicación en el tiempo, y por el tema, tiene algún derecho de figurar en libros donde se habla de literatura americana, y ese silencio de críticos, eruditos y profesores es prueba concluyente de que el libro se ha podrido –cual me imaginaba– en los sótanos del despreocupado editor valenciano. (Arguedas, 1945: 3)

Una presentación semejante parece a primera vista ser solo lo que sin duda es: una demanda de reconocimiento para su obra. Sin embargo, hay algo más. Se trata de la expresión de una conciencia muy precisa de la condición creativa de su novela, que anticipa en la misma ficción *Raza de Bronce*:

Entretanto, el poeta, instalado en el comedor, frente a sus cuartillas borrosas fumaba cigarrillo tras cigarrillo y buscaba la inspiración contemplando la tersa superficie del lago, herida por los oblicuos rayos del sol ya en su ocaso sus deseos de producir los detalles de la vida del Imperio Incaico eran vehementes; pero no poseía los elementos precisos e información no obstante de haber ojeado, ligeramente, las crónicas del Inca Garcilaso de la Vega, del padre Blas Varela y otros pero sin sacar mucho provecho de las lecturas de viejos cronistas, pesadas e indigestas para su paladar literario.

Saturado hasta los tuétanos de ciertas lecturas modernistas, estaba obsesionado con encantadas princesas de leyendas medievales la delectación con que se enfrascaba en la lectura de su libro preferido, *Los Incas* de Marmontel, libro falso entre todos los producidos en ese siglo de enciclopedistas, refinado y elegante.

Sonaba, pues el poeta en la raza que holló las playas desnudas del Titicaca, llevando conquistas de paz, hábitos de dulzura y trabajo y todo esto transmitido por la leyenda pura y presente a los ojos de Suárez no le permitía ver la realidad de ese momento. (Arguedas, 1966: 205)

El pasaje corresponde a “El yermo”, capítulo XI del libro segundo de *Raza de Bronce*. Se trata de una escena de escritura. Suárez, llamado “el poeta”, se aloja como huésped invitado en la hacienda de los Pantoja, y permanece corroborando su vocación de escritor frente a la página en blanco.

Su carácter no se nos ofrece directamente, sino a través de las alternativas del material sobre el que discurre y sobre el cual a la vez se proyecta, indeciso y cambiante. No por ser conocidos los procedimientos le resultan convincentes.

De manera significativa, para Arguedas la descripción del personaje es también una descripción del narrador en contraste con el poeta. De este modo, evita la enunciación simple y adquiere mayor riqueza de matices.

El armado del pasaje se ofrece a nuestra consideración a la manera de un silogismo, con toda la violencia de una lógica inexorable. Dos premisas: la actitud del personaje, los materiales que se le ofrecen. Y la conclusión, la opinión del narrador: Suárez “no puede ver la realidad”. Que el narrador sí puede ver, como su obra –en esto consiste una veta mayor del proyecto narrativo de Arguedas– ha de probarlo y, a ojos de ese mismo narrador, sí parece demostrarlo, según lo transparenta el balance final que puede establecerse de ese juego de contrastes.

El conocimiento e interpretación de una realidad que reclama por nuevas formas novelísticas tuvo en Arguedas –a juicio ahora del propio autor, más acá o más allá del narrador de *Raza de bronce*– quien, de manera deliberada, las condujera a su término. Una variante narrativa “indigenista” superadora del “indianismo”.²

Con la perspectiva del tiempo, podría decirse que las aspiraciones expresadas por el autor alcanzaron cabal cumplimiento. Hay publicada una extensa bibliografía crítica sobre esta obra, que en su gran mayoría afirma que *Raza de Bronce* inició la llamada novela indigenista; o como aclara, con exhibida búsqueda de especificidad, Fernando Alegría siguiendo la denominación de Pedro Henríquez Ureña, “la literatura indianista de tendencia político social” (1966: 196).³

2 La literatura indianista se aproxima al indio a través de una lente romántica, enfocando el carácter exótico de lo “autóctono americano” (Rodríguez Luis, 1980: 8). Llegó a ser parte de una variante americana con afán de imitación a Europa (Sánchez, 1981: 23). Esta aproximación exotista marca la diferencia con la novela indigenista de intención social.

3 *Aves sin nido* (1889), novela de la escritora peruana Clorinda Matto de Turner, es anterior a *Raza de bronce*. Sin embargo, la crítica especializada ha dudado sobre la adscripción de esa novela andina a la corriente indigenista (Escajadillo, 2004: 131).

II. Narración en el ensayo

“Solo lo posterior explica y contiene lo anterior”

René Zavaleta Mercado

El proletariado minero en Bolivia (2011:748)

Como un conjuro, cuando se busca un término de comparación para ponderar a *Raza de Bronce*, aparece como el más obvio o el más recurrido el ensayo del mismo Arguedas, *Pueblo enfermo: Contribución a la psicología de los pueblos hispanoamericanos*, publicado en 1909 en la ciudad de Barcelona con un prólogo del crítico e ideólogo del hispanismo Ramiro de Maetzu.⁴ El subtítulo, que posteriormente fue borrado y omitido, entiende su actividad como interpretación de la historia, como una filosofía de la historia artísticamente plasmada: la Historia interpretada por el método y la vía de la historia narrativa. Cuya oportunidad coincide con un especial momento, con la emergencia de un acontecimiento de *longue durée* y perpetuada vigencia: la “cuestión indígena” simultánea a “la cuestión nacional”.⁵ La nación debe pensarse con el

Zum Felde señaló que Arguedas es el descubridor en la literatura latinoamericana del paisaje de altas cumbres y afirmó “*Raza de bronce* se levanta en el panorama histórico de la narrativa continental con la doble preeminencia de ser la primera novela telúrica americana –entre las tres o cuatro mayores de su especie, al par de ser la primera de alcanzar categoría prototípica entre las de motivación y carácter indigenista, más logradas” (Zum Felde, 1959: 259). El oportuno señalamiento del crítico e historiador de la literatura uruguaya refiere al lugar en el ciclo también conocido con el nombre de “novelas de la tierra” jalonado por las obras de José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos y Ciro Alegría, pero también Ricardo Güiraldes o Benito Lynch (Borello, 1985: 113).

- 4 La edición encuentra sus antecedentes en un folleto que el mismo autor hizo circular por Europa en uno de sus viajes cinco años antes (Sánchez, 1959: 12). Y la última revisión del libro hecha por el propio Arguedas data de 1936. “La crítica de la literatura indigenista ha gastado mucha tinta en tratar de dilucidar si el pensamiento de Alcides Arguedas continúa partiendo desde *Pueblo enfermo* afianzándose en *Raza de bronce*; o si, por el contrario, la postura ideológica es completamente opuesta entre las dos obras cuyas fechas de publicación difieren en diez años. Todas estas disquisiciones son absolutistas e inservibles. Es imposible decir que el pensamiento de Arguedas no se modificó a lo largo de diez años. También es irónico pensar que la posición ideológica del autor boliviano es antagónica en ambas obras. Por el contrario, sostenemos que existen algunos puntos que son comunes en ambas obras; mientras que en otros, Arguedas ha cambiado la focalización de su pensamiento” (Nacif, 2004: 36).

“Arguedas sufrirá una suerte de transfiguración narrativa. En esta obra denunciará los abusos perpetrados por el mestizo contra el indio, a la vez que promoverá la redención de la raza indígena, abandonando la anterior perspectiva en la que el indio constituía la fatalidad de la República a partir de la composición de un indio ideal” (Giller, 2014: 23).

- 5 Un fuerte debate, cuyo punto de partida la historiografía crítica especializada (Irurozqui, 2000; Larson, 2002; Choque, 2001) ubica en 1899, en coincidencia con el año en que se inició la Guerra Civil o Guerra Federal. El triunfo de los liberales paceños comandados

indio “que se lo verá como una raza heroica y milenaria autora de la alta civilización incaica o como raza vencida y degenerada que impide el desarrollo nacional” (Stefanoni, 2010: 9).

Pueblo enfermo, seguido en el contexto boliviano por *Creación de pedagogía nacional* (1910) de Franz Tamayo, ocupa un lugar de muy especial importancia en la serie de ensayos publicados sobre este interrogante en torno al indio que trajo al suelo altiplánico teorías sociales y psicológicas europeas.⁶ Planteamientos anteriores, como los sostenidos por Nataniel Aguirre, afamado autor de la novela *Juan de la Rosa* (1885), volvieron a la escena de la polémica pública.⁷

Pueblo enfermo es una sorprendente composición etnográfica, costumbrista y crítica que, a lo largo de trece capítulos, despliega una suerte de autoconocimiento nacional. Es registro y verificación de la decadencia y el atraso bolivianos, a la vez que programa concomitante de una potencial reversión de todos los males que, según Arguedas, aquejan a la nación.

Por la elección de su género –como ya se dijo y como de inmediato se reconoce iniciada su lectura– *Pueblo enfermo* es un ensayo y, afinando la taxonomía, resulta igualmente fácil, inmediato e inevitable adscribirlo al, por entonces, proliferante subgénero iberoamericano del “ensayo de interpretación nacional”. Sin embargo, Arguedas se vale en su composición de importantes recursos propios de la narrativa de ficción: la descripción de paisaje, el diálogo y el relato o “reportaje” novelístico de hechos y acontecimientos históricos y políticos.

por el general Juan Manuel Pando, aliados al movimiento indígena conducido por el líder aymara Pablo Zárate Wilka “el Temible”, supuso el traslado de los poderes ejecutivo y legislativo, antes asentados en la ciudad de Sucre, a la ciudad de La Paz.

En esos años aparecieron una serie de ensayos de interpretación de la realidad boliviana de distinto signo ideológico. El primero de esta serie de libros fue *La política parlamentaria de Bolivia* (1908) de Rigoberto Paredes, seguido por la novela *La candidatura de Rojas* (1908) de Armando Chirveches y los ensayos *Después de la crisis* (1909) de Luis Tejeda Sorzano y *La democracia en nuestra historia* (1921) de Bautista Saavedra.

- 6 El positivismo de Comte, Le Bon, Taine y Spencer, como así también Fichte, Darwin, Picabeta, Rafael Altamira, Joaquín Costa y Max Nordau. “La mitad de la historia del positivismo boliviano pertenece al siglo XIX. La difusión de las teorías comtianas comenzó hacia 1875... Con el triunfo del partido liberal el positivismo terminó imponiéndose en los círculos oficiales bolivianos y su influencia se hizo sentir vigorosamente en la acción gubernativa” (Francovich, 1956: 17).

- 7 El mismo año de la publicación de *Juan de la Rosa*, Gabriel René Moreno publicó, desde el exilio, *Nicomedes Antelo*, sobre la figura de un intelectual cruceño exiliado en Buenos Aires, texto en el que *a posteriori* se ha fechado el inicio del discurso de la “degeneración” en Bolivia. En el continente americano –y también en Europa– los “sociólogos positivistas” (Francovich, 1956: 45) publicarán libros con igual propósito: *El continente enfermo* (1899) del colombiano César Zumeta; *Nuestra América: Ensayo de psicología social* (1911), del argentino Carlos Octavio Bunge; *Blasón de Plata*, del también argentino Ricardo Rojas, o *La democracia en nuestra América Latina* (1911), del peruano Francisco García Calderón, entre otros.

A primera vista, el narrador del ensayo *Pueblo enfermo* sostiene un discurso argumentativo uniforme. Poco tarda, empero, el curioso lector en toparse con narraciones intercaladas que otorgan mayor animación a la tesis que el autor se propone defender, dotan de cuerpo a las ideas que defiende, ilustra o comunica:

Viajaba una vez por las breñas de Bolivia un diplomático europeo en compañía de su guía, minero de profesión e iba en busca, como todos los gringos, de una veta del precioso metal para arrancar de ella la prosperidad suya y de los suyos, por muchas generaciones. Sorprendidos por la noche y la tempestad en un paraje desierto, buscaron refugio en una cueva que por fortuna encontraron al paso. Encendieron una fogata y a su lumbre vieron brillar en el piso y en la bóveda partículas de algún metal. Y le dijo el minero, entusiasmado:

–Señor, señor ministro, el país más rico del mundo. En cualquier parte donde usted lance una palada, saltan el oro, la plata y otros metales precisos. ¡Mire usted! ... Todo eso que brilla, es oro, oro puro... –agregaba con énfasis señalando el brillo de los metales.

Y dicen que comentaba el diplomático, con terrible malicia;

–El hombre que así hablaba, vestía andrajosamente y todo en él derramaba miseria... (Arguedas, 1982: 127)

–“Alcance usted dos sillas para estos señores”– decía un obispo de Bolivia cada vez que un individuo más o menos colla entraba a su despacho. Y agregaba: “Siéntense ustedes”.

–“Señor” –decía el visitante– “Vengo yo solo, nadie me acompaña”.

–“Ya lo sé; es solamente una precaución que tomo para no olvidar que en ustedes hay siempre dos personas: la que se ve, y la que no se ve”.

Y recordando al obispo, Sarmiento decía generalizando peligrosamente:

“A los bolivianos es necesario saludarlos en plural, para que no resientan el diablo y la mentira que están detrás”. (Ibíd.: 78)

Poco después de la transmisión del mando de las puras e inmaculadas manos de Campero a las ineptas y pecadoras de Pacheco, pasada una ceremonia congresal, volvióse el fortunoso caudillo del Palacio Legislativo al del Gobierno, seguido de la turba, ebria por tanto vociferar el nombre del caído que, envuelto en una capa marchaba en dirección opuesta a la gozosa turba... Al llegar a la esquina de la plaza, la turba y el hombre se encontraron. Apartóse éste de la vereda para dar paso a aquella, y lo hizo con tan mala fortuna o tan precipitadamente, que resbaló en el mal empiedre y cayó al suelo. Al caer para no herirse extendió las manos, y con el movimiento separóse el manto de su rostro, y los que estaban cerca de él vieron, no sin asombro, que era Campero, el mandatario cesante y –¡asombraos!– no hubo uno solo que le ayudara a ponerse en pie. (Ibíd.: 143)

Los pasajes seleccionados refieren, cada uno de ellos, a tres episodios diferentes compuestos con brillo y sabor realista como enteras narraciones auto-suficientes con introducción, nudo y desenlace. Breves historias dramatizadas mediante el diálogo que sostienen los personajes y el narrador con sus lectores.

La polifonía de la voz del narrador y las voces de los personajes que protagonizan los relatos configura una textualidad autónoma. La que a su vez –pero no menos polifónicamente– es interrumpida por una nueva voz, la de otro discurso, que confirma (o resitúa) lo ya dicho desde otra nueva mirada, perspectiva y caja de resonancias.

Por momentos, el narrador (quien traslucen u opaca, según las zonas textuales, al autor) despliega sus argumentos. En otros, el propio narrador aparece como observador neutro de una trama que, además de narrar, podría inferirse que argumenta por sí sola. Un moderado –y deliberado– vaivén entre la ensayística y la novelística, sin que ello empobrezca o desdibuje, sino que, antes bien, dote de mayor vivacidad y aun nitidez a la matriz principal.

No se trata solo de una licencia retórica, una transgresión lícita pero ocasional, sino de un recurso literario que, dentro del ensayo, cumple una doble función: reforzar una conciencia histórica e instaurar un patrón de conductas sociales que conforman un programa de acción política grupal pero antes una “agencia” ética individual. De ahí la ponderación de la narrativa como vía regia para la invención de una tradición. La creación o recreación de pautas basadas en los hechos que procuran dar cuenta de valores existentes que, por medio de una constante apelación al colectivo social, son capaces de fijar una continuidad (Hobsbawm, 2012: 6-9).

III. Ensayismo y argumentación en la novela

La noticia de la trágica muerte de Manuno cundió con pasmosa celeridad en el disperso caserío de la hacienda y de los contornos, y fue recibida con un sordo encono por los peones que atribuyeron a la codicia del terrateniente y sus servidores mestizos las irreparables desgracias que sobre ellos y sus bestias se abatían, periódicamente, cada año.

En todas las casas, de todas las bocas se elevó, en secreto, un coro de anatemas contra los criollos detentadores de esas tierras, que, por tradición, habían pertenecido a sus antepasados, y de las que fueron desposeídos, hace medio siglo, cuando sobre el país, indefenso y acobardado, pesaba la ignorante brutalidad de Melgarejo.⁸

Alcides Arguedas. *Raza de Bronce* (81)

8 En la edición de 2006 se lee: “En todas las casas, de todas las bocas se elevó, en secreto, un coro de anatemas contra los criollos detentadores de esas sus tierras, que, por tradición, habían pertenecido a sus antepasados, y de las que fueron desposeídos, hace medio siglo, cuando sobre el país, indefenso y acobardado, pesaba la ignorante brutalidad de Melgarejo. Entonces, so pretexto de poner en manos...” (p. 95).

Reiteremos que fue una vez cumplidos los diez años de la publicación de *Pueblo enfermo* cuando apareció *Raza de Bronce*, como logrado drama de las costumbres y de la historia de una comunidad indígena. Y recapitulemos que solo mucho más tarde la crítica y los lectores reconocieron a esta novela como la primera ficción indigenista de Bolivia y del continente.⁹ En esta simple y repetida constatación cobran relieve algunos motivos importantes. Ante todo, la concepción de la novela de costumbres para representar el sostenido itinerario del drama andino, y su interpretación como la actividad de la literatura que, a la vez, entiende a la historia desde una perspectiva filosófica. Que Arguedas (d)escribe con “una variada herencia de corrientes literarias en boga: realismo, naturalismo, modernismo, costumbrismo” (Rodríguez y Monasterios, 2002: 109).

En cuanto a estructura externa, *Raza de bronce* está dividida en dos libros de desigual extensión. El primero, “El Valle”, de seis capítulos; el segundo, “El yermo”, de catorce. En el primer libro se despliega la lucha del hombre contra la naturaleza durante el viaje obligado que realizan tres indios –Agiali, Quilco y Manuno– desde su lugar natal altiplánico hasta el valle; ajena, alienante geografía que se cobrará la vida de Manuno. El segundo libro narrada en orden horizontal y cronológico, la lucha del hombre contra el hombre, de los indios y los blancos/cholos en la hacienda de los Pantoja.¹⁰

El desarrollo de la trama descansa en el amor entre Wata-Wara y Agiali, brutalmente destruido por la violación y muerte de la hermosa joven india por Pablo Pantoja, hijo del dueño de hacienda, y por sus amigos.

La tragedia marca el clímax de la explotación ejercida por el hacendado *q'ara* sobre la comunidad india a la que pertenecen los jóvenes Agiali y Wata-Wara y en consecuencia los indios se sublevarán. No habrá justicia: solo venganza. El sabio anciano, Choquehuanka, proclama:

Únicamente repito: si quieren que mañana vivan libres sus hijos, no cierren nunca los ojos a la injusticia y repriman con inexorable castigo la maldad y los

9 La base de la novela *Raza de Bronce* se encuentra en el breve relato del mismo Arguedas, *Wata-Wara*, publicado en Barcelona en 1904.

10 En la novela hay una desviación del tronco de la acción principal debido a las historias intercaladas. En “El valle” son tres: la de la mazamorra; la del sobrenombre de Kesphi y la de la caza de cóndores por parte del hijo de la hacienda donde se alojan los indios puneños. En “El yermo”, dos: el último levantamiento indígena en la hacienda; y, el remedio de Chulpa, la vieja bruja, para Quilco, que integró el grupo que fue al valle. También se suma la leyenda “La justicia del Inca Huianda-Capac”, redactada por Suárez, uno de los amigos del joven hacendado Pantoja. El momento de la ficción es la época del Imperio Incaico anterior a su división y a la llegada de los españoles. En la hacienda de Pantoja, donde Suárez la escribe y la lee a sus amigos, estallará la sublevación de los indios ante las injusticias sufridas por parte del hacendado.

abusos; si anhelan la esclavitud, acuérdense entonces que tiene bienes y son padres de familia...Ahora elijan ustedes. (240)

Durante el transcurso de la entera narración se suceden episodios de la vida cotidiana altiplánica boliviana. Abunda la escena pastoril con cierto matiz bucólico, el final de un entierro, el compromiso y rapto fingido de la novia; abundan las bodas, las procesiones, los rituales del comienzo de la siembra y el cambio de “Hilicata”, no faltan, siquiera, las vistosas ofrendas al lago Titicaca en sonoro lenguaje modernista, una estética que Arguedas ha hecho plásticamente la suya.

La sucesión ficcional de los episodios que rodean al argumento narrativo sostiene y sirve de eje a una de otro modo cambiante, tornasolada ilustración poética a través de la figura del narrador. Que sería omnisciente si no fuera explícita su propia alienación respecto al mundo indígena, que no renuncia a iluminar desde el interior y admite que es una operación literaria. Arguedas ya había buscado justificar y fundar su ensayo *Pueblo enfermo* en un discurso argumentativo a primera vista uniforme. Y este carácter argumentativo cobra presencia en el desarrollo de la historia novelada que sostiene a *Raza de bronce* como novela de tesis:

Un pasaje significativo:

(Suárez) –Si yo tuviera una hacienda sería el primer amigo de mis colonos.

Y ante la pregunta de Pantoja molesto por las observaciones de su huésped, le apura a demostrar que conoce al indio, Suárez responde:

...–Es un hombre como los demás; pero más rústico, ignorante, humilde como el perro, más miserable y humilde que el mujik ruso, trabajador, laborioso, económico. (188)

De manera inmediata responde Pantoja:

–Estás repitiendo todas las majaderías de quienes se dan por defensores del indio, sin conocerlo bastante, de lejos, por pura sentimentalidad, por snobismo, por lo que quieras en fin... Tú no conoces al indio por dos razones principales. La primera porque apenas hablas su idioma; la segunda, porque nunca has sido propietario. Y todos los generosos defensores de la raza se te parecen. Todos hablan de memoria, y esos doctores cholos que con razón te escaman, hasta discuten con brillo, porque tienen a mano un recurso que siempre produce maravillosos efectos: elevar a voz en defensa de los oprimidos, invocar las eternas teorías de la igualdad, justicia y otras zarandanzas de la misma hechura. Pero habla con los patrones y propietarios, con aquellos que andan en íntimo contacto con los indios y no habrá uno, uno solo... ¿entiendes? uno solo, te digo, que no

te jure que no hay raza más difícil, más cerrada a la comprensión y a la simpatía, más perversa, más solapada, más imposible que esta gran raza de los incas del Tahuantinsuyo. Los indios son hipócritas, solapados, ladrones por instinto, mentirosos, crueles, vengativos. En apariencia son humildes, porque lloran, se arrastran, besan la mano que los hiere, pero ¡ay, de ti, si te encuentran indefenso y débil! Te comen vivo...

—¡Esto es natural, correcto, legítimo! Le interrumpió con igual vivez Suárez-Porque el blanco desde hace más de cuatrocientos años no ha hecho otra cosa que vivir del indio, explotándolo, robándole, agotando en su servicio su sangre y su sudor...

—Será como dices...pero ahora ya es otro el problema, este es nuestro problema boliviano, el más grande de todos. Ahora el indio sabe, como tú dices, que del blanco no puede conseguir nada y se estrella contra él indefectiblemente el día en que le pongamos al indio escuelas y mentores, ya pueden tus herederos estar eligiendo otra nacionalidad entonces la vida no les será posible en estas alturas. El indio nos ahoga con su mayoría (189)¹¹

... La miseria del mundo no tiene lugar en el mundo porque es miseria del miserable, en tanto la del ruso es solo miseria del hombre, susceptible a veces de cambiar. La del indio no cambia nunca, siervo nace y siervo muere... (190)

Pantoja retruca:

años de años puedes darles predicamento de las nuevas máquinas agrícolas, de los abonos químicos... Al contrario, serán los primeros en oponerse a que hagas ninguna innovación. Preguntas tú por qué son pobres los indios...Porque pagan fiestas a menudo; son alcaldes, maestros, mayores, alféreces, y en cada uno de estos cargos gastan todos sus ahorros hasta quedar en la miseria o te digo sinceramente, los odio de muerte, y ellos, me odian a morir... La lucha no acabará hasta que una de las partes se de por vencida ... (191)¹²

Los personajes que sostienen la animada conversación, el debate argumentativo, pertenecen a igual, parejo status social. Son un hacendado y un intelectual. Ofrecen, contrapuestas, una visión “lírica” y otra “práctica” de la misma experiencia. La cuestión en disputa, por detrás de la discusión sobre la naturaleza étnica, cultural, y aun psicosocial del indio, radica en la legitimidad de los títulos de propiedad y posesión de la tierra. El contenido del diálogo es intelectual y estrictamente lógico, pero la voluntad de expresión es tan viva que rompe los marcos propios de las fórmulas de argumentación

11 En la edición 2006 “...estás repitiendo, como disco de fonógrafo, todas las majaderías de quienes se dan por defensores del indio, sin conocerle bastante, de lejos, por pura sentimentalidad, por snobismo, por lo que quieras en fin” (p. 221).

12 En la edición 2006: “Años de años pueden estarles predicando las ventajas de las nuevas máquinas agrícolas, de los abonos químicos...” (p. 224).

lógica y teórica. Sustituye lo que falta por el logrado efecto de espontaneidad de los términos de la conversación que sostienen Suárez y Pantoja.

Dicho de otro modo, son las cambiantes voces de la argumentación contrapuesta las que resuenan en un momento histórico dado, políticamente situado. Pero el hecho de que están insertadas en la novela las redime de aparecer como sentencias desprendidas de sus personajes y de sus destinos.

En la alternancia de las “pruebas” ofrecidas de uno y otro lado se examina e ilumina al tema alternativamente desde dos perspectivas, a la vez que progresivamente se intensifica y se lo circunscribe. El narrador –que da cuenta del diálogo– lo sostiene en la unidad de su persona evitando así todo efecto de tomas inconexas y momentáneas.

El diálogo es un diálogo entre “blancos” que aun resumido resulta revelador de cómo pensaba Alcides Arguedas en 1919 respecto a los extremos y las alternativas de “nuestro problema boliviano”. No solo el autor, no solo este autor: también la sociedad liberal de la época “que en su desconocimiento del pasado indio del país, homogeneizaba bajo el gran rótulo de Tahuantinsuyo, a culturas tan diversas como la quechua y la aymará” (Rodríguez y Monasterios, 2003: 106). Los hombres que debaten no son excelsos ideólogos sustraídos de toda conexión con el curso diario de la vida. Son personajes, actores de una narrativa de ficción, sujetos a circunstancias mediocres, dependientes de ellas en lo exterior, y hasta internamente.

No es difícil advertir la interrupción del melodrama dirimido entre la virtud y el vicio que parece regir el universo de la ficción epocal arguediana.¹³ Pero se sobrepone una voluntad política directa que busca dar cuenta de “la realidad” que rebasa los límites de la representación narrativa y se sostiene en la argumentación propia del discurso ensayístico.

La deliberada composición del ensayo y la novela de Alcides Arguedas descubre –y nos descubre– de manera paralela que las fronteras entre los modos de enunciación entre ambas obras y ambos géneros se vuelven más, y no menos, porosas y permeables.

Por detrás no resulta difícil, entonces, reencontrar una impostación y actitud características del propio Arguedas, latentes o manifiestas no solo ante los temas de su propio arte sino ante los problemas del mundo nacional y circundante. Lo simplemente literario, parece sugerir la práctica artística arguediana, limita el juicio y empobrece la vida. El aislamiento de lo estético es, a la larga, estrecho y mezquino. Entre las razones de su prolongado éxito seguramente se cuenta el hecho de haber encontrado la manera de expresar el gusto del público letrado. Y una certeza de los tiempos que en su remolino corroerán veloz,

13 “El melodrama fue el modo narrativo preferido por los escritores latinoamericano de fin de siglo debido a su flexibilidad para narrar cuestiones del deseo y sus excesos en sociedades inestables en flujo” (Paz Soldán, 2006: XIX).

irreparablemente los estamentos genéricos de la literatura, el arte y la cultura, y, mucho más lentamente, mucho más hondamente, los sociales.

Bibliografía

Albarracín, Juan (1979). “La tesis de *Pueblo enfermo*” en Baptista Gumucio, Mariano: *Alcides Arguedas*. La Paz: Los Amigos del Libro.

Alegría, Fernando (1966). *Historia de la novela hispanoamericana*. México: Ediciones Andra.

Arguedas, Alcides (1982). *Pueblo enfermo*. La Paz: Editorial Juventud.

— (1966). *Raza de bronce*. Lima: Ediciones Nuevo Mundo.

— (2006). *Raza de bronce*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

— (1980). *Historia de mis libros o el fracaso de un escritor*. La Paz: Puerta del sol.

Borello, Rodolfo (1985). “Arguedas. *Raza de bronce*”. *Cuadernos Hispanoamericanos*. n°. 417. Madrid: Instituto de la Cooperación.

Choque Chanqui, Roberto (2001). “Nacionalismo Boliviano” en D. Cajías, M. Cajías, C. Jonson e I. Villegas (comps.) *Visiones de fin de siglo. Bolivia y América Latina en el siglo XX*. IFEA, Coordinadora de Historia-Embajada de España en Bolivia: La Paz, pp. 85-116.

Escajadillo, Tomás (2004). “*Aves sin nido ¿Novela indigenista?*”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Lima -Hanover. Año XXX, n°. 59.

Francovich, Guillermo (1956). *El pensamiento boliviano del siglo XX*. México: FCE.

Giller, Diego (2014). “La cuestión étnica en disputa. Tres interpretaciones sobre lo indio en Bolivia”. *Corpus* Vol. 4, n°. 1. <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/784> ; DOI:

Irurozqui, Marta (1994). *La armonía de las desigualdades. Elites y conflictos de poder en Bolivia 1880-1920*. Cuzco: Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas.

Meléndez, Concha (1961). *La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)* Río Piedras: Universidad de Puerto Rico.

Hobsbawm, Eric (2012). *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.

Larson, Brooke (2002) Indígenas, élites y Estado en la formación de las repúblicas andinas. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú-IEP.

Nacif, Marcela (2004). “Raza de bronce de un pueblo enfermo y el problema del indio”. *Cuadernos del CILHA*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo. <https://www.redalyc.org/pdf/1817/181715657006.pdf>

- Paz Soldán, Edmundo (2006). "Prólogo". *Raza de bronce*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Rodríguez, Luis. (1980). *Hermenéutica y praxis del indigenismo. La novela indigenista desde Clorinda Matto de Turner a José María Arguedas*. México: FCE.
- Rodríguez, Rosario y Monasterios, Elizabeth (2003). "Indiscreciones de un narrador: *Raza de bronce*". Paz Soldán, Alba María (coord.). *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia. Hacia una geografía del imaginario*. La Paz: PIEB:
- Sánchez, Luis Alberto (1959). "Prólogo" a Arguedas, Alcides. *Obras Completas*. Madrid: Aguilar.
- ____ (1981). *Indigenismo e indianismo en la novela peruana*. Lima: Mosca Azul.
- Steffanoni, Pablo (2010). *Qué hacer con los indios y otros traumas irresueltos de la colonialidad*. La Paz: Plural editores.
- Zavaleta Mercado, René ([1974] 2011). *El proletariado minero en Bolivia*. La Paz: Plural editores.
- Zum Felde, Alberto (1959). *Índice crítico de la literatura latinoamericana. La narrativa*. México: Guaranía.